

# Concurso Literario

Facultad de Medicina  
Cuento y ensayo 2020



Organiza  
Comité Cultural



UNIVERSIDAD  
DE ANTIOQUIA  
Facultad de Medicina



Concurso  
**Literario** 2020

• Cuento y ensayo •

Facultad de Medicina  
Universidad de Antioquia

---

© Facultad de Medicina Universidad de Antioquia  
ISSN: 2346-0210  
Concurso Literario Facultad de Medicina 2020  
Cuentos y ensayos ganadores y menciones

---

*Coordinación del Concurso:* Yésika María López Ramírez  
*Coordinación editorial:* Felipe Restrepo David  
*Decano:* Carlos Alberto Palacio Acosta  
*Vicedecano:* Luis Miguel Acevedo  
*Organiza:* Comité Cultural de la Facultad de Medicina  
Juan David Castro Quintero  
*Jefe Oficina de Comunicaciones*  
Yuri Viviana Cano Sánchez  
*Coordinadora Bienestar y Cultura*  
María Aracélly Orozco Ruiz  
*Coordinadora Biblioteca Médica*  
YésiKa María López Ramírez  
*Gestora Cultural*

*Diseño de la cubierta:* Yeimy Valencia – Larry Morales  
*Diagramación:* Imprenta Universidad de Antioquia  
*Primera edición:* Octubre de 2022

---

Hecho en Colombia / Made in Colombia  
Prohibida la reproducción sin autorización de la Facultad de Medicina  
de la Universidad de Antioquia

Oficina de Comunicaciones de la Facultad de Medicina  
Teléfono: (57) 604 219 60 49  
Dirección electrónica: [comunicacionesmedicina@udea.edu.co](mailto:comunicacionesmedicina@udea.edu.co)  
Dirección postal: Carrera 51D N.º 62-29 Medellín, Antioquia

El contenido de la obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no  
compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia.

---

# Contenido

<b>Acta del Jurado .....</b>	<b>7</b>
<b>Presentación</b>	
Felipe Restrepo David .....	11
<b>CUENTO .....</b>	<b>15</b>
<b>Primer puesto</b>	
Lejos de la orilla	
Anna Katherine Ruiz Ruales.....	17
<b>Segundo puesto</b>	
Esquizofrenia	
Karen Jaramillo Osorio .....	21
<b>Primera mención</b>	
Azul profundo	
Federico Quiroz Gómez .....	27
<b>Segunda mención</b>	
Uxoricidio	
Kevin Aleixander Graciano Mejía.....	31

**Tercera mención**

Una canción de Helenita Vargas	
Lady Johanna Hernández Zapata .....	35

**Cuarta mención**

De sonrisa y espantapájaros	
Julio César Gómez Montoya .....	43

<b>ENSAYO</b> .....	47
---------------------	----

**Primer puesto**

Condenados a muerte	
Juan José Fierro Martínez.....	49

**Segundo puesto**

Utopía y educación en tiempos de pandemia	
Vanessa Valenzuela Peralta.....	59

**Mención**

La muerte, un camino y un final	
Andrea Foronda Obando.....	65

<b>Autores</b> .....	71
----------------------	----

<b>Participantes</b> .....	75
----------------------------	----

# Acta del Jurado

El 4 de diciembre de 2020 se reunieron los miembros del jurado del Concurso Literario Facultad de Medicina 2020 -Universidad de Antioquia-, Modalidad Cuento y Ensayo, Sandra Castrillón, Felipe Gómez, Carlos Estrada y Gabriel Montoya para deliberar sobre los ganadores y posibles menciones. Después de considerar y discutir sobre los aciertos, calidades, temáticas, riesgos, poéticas, originalidades y estilos de los 24 cuentos y 9 ensayos presentados, los jurados decidieron premiar por unanimidad los siguientes textos:

## MODALIDAD CUENTO

**Primer Puesto:** *“Lejos de la orilla”*, firmado con el seudónimo “Nanna Baskerville”, correspondiente a Anna Katherine Ruiz Ruales, C.C. 1152196188. Es un cuento que está escrito con suficiente maestría, la autora de este relato nos interna en la caverna angustiosa de un viaje inédito del que no es posible regresar. Sin prisa, cálidamente, asesta un final delicado y muy emocional en el cual nos sorprende con el ámbito humedecido del quirófano que ha contrastado todo el tiempo con un viaje, una muerte sin remedio.

Esta historia se sostiene en una narración muy bien lograda, con un estilo que asienta la mirada de una escritora o escritor que sin duda sabe ver los hilos invisibles de los que están hechos los momentos y que como diría Virginia Woolf, el escritor puede bosquejar gracias a su ojo de artista. Esta autora, ya va teniendo una mirada propia sobre el mundo y cuenta además con el talento de plasmarla en una escritura poética y acertada, lo que augura su oficio en el hacer literario.

**Segundo Puesto:** “*Esquizofrenia*”, firmado con el seudónimo “Scherezada”, correspondiente a Karen Jaramillo Osorio, C.C. 1020443564. Es un cuento corto, conciso e ilustrativo. Recrea un paciente con enfermedad mental y su terapeuta; sin embargo, el principal enganche que aparenta ser la realidad, termina abruptamente en el despertar de un sueño. No solamente ejemplifica, claramente, lo que sería un caso de la vida real si no que inserta en el imaginario médico el proceso literario de una acertada descripción.

**Menciones:** se otorgan cuatro. “*Azul profundo*”, firmado con el seudónimo “Alfarero”, correspondiente a Federico Quiroz Gómez, C.C. 1001370563. “*Uxoricidio*”, firmado con el seudónimo de “Alberto Lucio”, correspondiente a Kevin Aleixander Graciano Mejía, C.C. 1039705653. “*Una canción de Helenita Vargas*”, firmado con el seudónimo “J.”, correspondiente a Lady Johanna Hernández Zapata, C.C. 32181229. “*De sonrisa y espantapájaros*”, firmado con el seudónimo “Alonso G.”, correspondiente a Julio César Gómez Montoya, C.C. 71272698.

## MODALIDAD ENSAYO

**Primer Puesto:** --, firmado con el seudónimo “Viajero de sueños”, correspondiente a Juan José Fierro Martínez, C.C. 1037669266. Es un texto inspirado en el libro *Ayudar a morir*, escrito por la

médica británica Iona Heath, en el que el autor haciendo gala de un buen estilo literario, a veces poético, profundiza en un aspecto de la relación entre el médico con su paciente que con frecuencia es omitido no sólo en la práctica profesional, sino también en la formación de pregrado; el acompañamiento al instante de morir. A través de múltiples referencias que van desde la mitología hasta lo expresado por otros pensadores, le otorga una resignificación a ese trance supremo que marca el fin de la vida. La muerte en este ensayo es lo que le da el valor a la existencia misma, a la consciencia del ser, en la medida en que le confiere sentido a lo vivido, y cuando el médico, el cuidador, comprende el valor de este inevitable paso y logra establecer una comunicación con el que sufre, su paciente, para que se reconcilie con su pasado y enfrente el final biológico, entonces habrá trascendido a la condición de sanador.

**Segundo Puesto:** *“Utopía y educación en tiempos de pandemia”*, firmado con el seudónimo “Vanessa Valper”, correspondiente a Vanessa Valenzuela Peralta, C.C. 1143338346. Su planteamiento no teme a la polémica y se adentra en una serie de consideraciones subjetivas que alcanzan nivel crítico: la voz personal es potente y comprometida. Mediante una prosa fluida y agradable, la autora nos lleva inicialmente de viaje hacia su temprana juventud en Cartagena, donde nos invita a conocer su hogar, para luego hilar su historia con el tránsito por la facultad de medicina. Relata cómo le tocó sobrevivir, semestre por semestre hasta el final de su carrera, sin su propio computador, aparato esencial para poder enfrentar en tiempos modernos las duras exigencias académicas que impone una institución de prestigio, y de qué modo pudo suplir esta falencia en gran medida usando los equipos de la universidad. Lo que inicialmente parece un cuento entretenido va tomando el cuerpo de un ensayo interesante que señala con gran sentido crítico las desigualdades sociales y sus efectos profundos en la educación, especialmente, entre los niños y jóvenes campesinos, para quienes la falta de recursos tecnológicos esenciales, como los computado-

res, deteriora notablemente los procesos educativos en tiempos de pandemia cuando no es posible la presencialidad.

**Menciones:** se otorga una. “*La muerte, un camino y un final*”, firmado con el seudónimo “Alstroemeria”, correspondiente a Andrea Foronda Obando, C.C. 1037661938. Un interesante ensayo que nos introduce en el dilema de negar la muerte, o de los diversos recursos que desde la razón o la emoción se utilizan para desconocerla, como la fe aparentemente ciega en una cura o en la intervención divina cuando una enfermedad terminal dicta su sentencia. El texto enfrenta, hipotéticamente, la posición típica de un sujeto joven que afirma que de algo hay que morir, con la de una persona de edad avanzada que percibe cada vez más cerca su propio final y trata de aferrarse a la existencia agradeciendo por cada día más de vida.

El jurado celebra la continuidad del Concurso como una iniciativa que promueve y estimula la creación literaria en una Facultad interesada en aportar a la reflexión humanística y artística ligada al papel esencial de las ciencias y los oficios de la Salud en Colombia y el mundo.

Medellín, 4 de diciembre de 2020.

Jurados,

Sandra Castrillón

Felipe Gómez

Carlos Alberto Estrada

Gabriel Montoya

# Presentación

Decir concurso de cuento y ensayo es afirmar el personaje y la idea. Primero, porque en un cuento algo le pasa a alguien, humano o no-humano (y ese alguien puede ser a veces un algo, digamos, una casa, un lugar, un objeto o a alguna otra presencia viva, rara, inventada...). Y, segundo, porque en un ensayo es una idea la que, como en un cuento, vive algo, le pasa algo. En otras palabras, como en una trenza de definiciones movibles, un cuento es un ensayo en el que alguien vive una idea, la encarna, y le pasan varias cosas; y un ensayo es un cuento en el que el único personaje es una idea o varias... Por esas raras sutilezas de la escritura, de la expresión y la creación, sucede que, entonces, solemos encontrarnos con cuentos muy reflexivos o ensayos muy narrativos... Y eso pasa con estos cuentos y ensayos de este concurso. Y menos mal pasa para que aires frescos y revoltosos enriquezcan lo que escribimos y lo que leemos.

Y hay que aclarar: otra historia es el gusto, las simpatías y diferencias. En estos cuentos ocurren dramas dolorosos o graciosos o irónicos u oníricos; en estos ensayos se tratan problemas intensos, personales y colectivos, asuntos vitales cruciales y actuales. Se cuenta y se reflexiona en esta escritura; solo que otro es el cantar si eso que se cuenta y se reflexiona no comunica a un lector, o comunica a

medias. Y no excuso al jurado por sus decisiones; todo jurado de literatura, sin excepción, es subjetivo: son personas las que juzgan, no máquinas (y hasta con las máquinas hay que hilar fino...). Lo que quiero decir es que celebro al jurado por atreverse con sus elecciones y mostrarnos, a sus ojos, lo que consideró valioso en esta versión del concurso.

Y a mi parecer, hay mucho de valioso.

Primero, porque hay cuentos y ensayos en los que se puede presenciar una escritura honesta: necesidades de expresión de un autor que plasma, como puede, y con sus propias palabras, lo que siente, vive y piensa, lo que imagina, recuerda, inventa o juega; autores en formación que tantean, intentan y se atreven a explorar personajes, ideas y palabras, lo que no es otra cosa que explorarse a sí mismo; y otros autores, más maduros y entrenados en la palabra, que con cierta confianza conquistada ahondan tanto como pueden y atrapan instantes de belleza.

Segundo, porque esta publicación no solo muestra un resultado, sino que al mismo tiempo es taller. Es espejo, confrontación, diálogo y revelación: para quien haya concursado y ganado o perdido en cualquiera de sus versiones; para quien escriba y nunca se haya presentado, o haya compartido su escritura a unos pocos, o a ninguno, tan solo a sí mismo; para quien quiera volver a intentarlo porque sí y porque no; y para quien quiera iniciar y mirar qué trae la escritura, como regalo envuelto... Entonces esta publicación está de páginas abiertas.

Y, tercero, hay mucho de valioso porque hay valentía. Pues, como dice esa gran escritora argentina, Luisa Valenzuela: el problema no es la página en blanco, ya que cada uno, si se esculca bien, tiene algo para contar y decir; el meollo del asunto, el atolladero, el quiebra-cabezas, es la página en negro: vencer la parálisis del miedo, la impotencia, y poner en esa página-pantalla en blanco lo que ver-

daderamente se quiere contar, lo que urgimos por reflexionar. Así las cosas, escribir un cuento, un ensayo, es adiestrarse en el oficio, por supuesto, pero también es aprender a escucharse.

*Felipe Restrepo David*



Cuento



Primer puesto

# Lejos de la orilla

Anna Katherine Ruiz Ruales

Siempre supe que existía una buena razón para odiar los viajes en barco, la recordé justo después de la tormenta. Casi parecía mentira lo que había acabado de pasar, las luces parpadeantes y el movimiento rápido e inconstante de la cubierta que volvió mi estómago del revés.

—¿Siempre es tan terrible? —Recuerdo haber preguntado a uno de los marinos, sin obtener respuesta, puesto que el estallido repentino de una ola nos había obligado a aferrarnos al mástil para evitar caer.

Ahora, no mucho tiempo después, todo se ve inesperadamente limpio y hasta el mismo mástil cruje solo ocasionalmente, como si quisiera olvidar la tormenta también.

—¿Casi no sobrevivimos, no capitán? —Pregunto en cuanto veo al viejo bajando las escaleras y riendo ásperamente.

—¿Sobrevivir? Ya no se trata de eso en este mar.

Lo miro entre confuso y molesto, mientras me pregunto si acaso se habrá golpeado la cabeza.

—¿De qué otra cosa puede tratarse una tormenta?

Sin responder, el capitán solo se ríe, pasando por alto mi enojo.

—¿Recuerda esa sacudida fuerte, cuando toda la embarcación pareció quejarse y se agrietaron las cuadernas?

Asiento impaciente, esperando que continúe, pero me ignora por completo ocupado en encender un cigarrillo.

—No entiendo nada de lo que dice, ¿acaso está borracho? —Le digo imprecándolo en mi mente.

—No debí haber abordado, la mayoría de la gente que transporto no tiene tantas preguntas —Responde sin mirarme, luego de lo cual aspira una gran bocanada de humo.

Inmediatamente me siento enrojecer de la ira, varias respuestas se agolpan en mi mente e intento decidirme por la más ofensiva de ellas cuando una inquietante verdad me golpea, volcando todos mis pensamientos en ella: no sé cómo llegué a este barco.

Intento recordar, pero mi memoria solo es clara hasta las luces parpadeantes, antes de eso todo es confusión, movimiento, el cielo de la noche, un cuarto en blanco y personas en movimiento, entrando, mirándome, hablando entre ellas.

—¿En qué momento subí al barco? ¿Fue antes de la tormenta?

—Ha habido muchas tormentas... Las cosas tienden a acelerarse cuando están por detenerse —Murmura el viejo mientras se aleja de la borda y da unos pasos hasta apoyarse en el mástil que cruje con fuerza— Pero sí, subió antes de la última... dijo que no importaba si llamaban o buscaban, hay que vivir sin penas.

Vino entonces a mí ese recuerdo, las mismas palabras, dichas en tono alegre frente a dos mujeres, una joven y otra vieja quienes me miraban igualmente, no atraigas la desgracia había dicho una de ellas antes de cerrar la puerta.

—Apenas sí recuerdo... escuché cerrarse la puerta...

—Ya llegarán más memorias cuando llegemos a puerto y entonces...

—Un nuevo crujido del mástil interrumpe las palabras del viejo, miro hacia arriba y veo cómo la madera se agrieta.

—No vamos a llegar a puerto, mire eso —Digo señalando alarmado el palo que parece a punto de romperse en astillas. El capitán no se altera, se vuelve con pereza, apoyado en el mástil cuya madera se rompe bajo sus dedos.

—Además no quiero llegar a puerto —Continuó desesperado —Nunca quise subir a este barco, ¿me entiende? Solo eran palabras.

—Es inútil que me lo diga ahora... además mírese, esta empapado.

Toco mis ropas y las siento húmedas, tibias, pegajosas. Caigo de rodillas al mismo tiempo que el mástil, el capitán baja la mano y apaga el tabaco antes de anunciar:

—03:27, no soportó la pérdida de sangre, entró en paro.

[Seudónimo: Nanna Baskerville]



Segundo puesto

# Esquizofrenia

Karen Jaramillo Osorio

—No sé por dónde empezar doctor, me duele la cabeza, me siento algo mareado.

—Tu madre nos decía que hablabas con alguien. ¿Has vuelto a escuchar voces?

—No doctor, nadie aparte de usted o de mi mamá me está hablando.

—¿Puedes contarme que te decían?

—Pasó hace algún tiempo, no creo que tenga importancia... Sin embargo, todo comenzó a mediados de mayo, estaba en mi cama discutiendo con mi novia por WhatsApp y creo que me enojé un poco y empecé a gritar

—¿Por qué discutían, Juan?

—Ella me pedía más tiempo doctor, más atención; yo trataba de dárselo, pero me era imposible salir de mi casa o ella de la suya.

—¿Qué pasó luego?

—Tratamos de conciliar, las cosas con ella estaban mejor pero ahora era mi madre la que quería discutir por todo y volví a gritar.

—¿Qué gritabas, Juan?

—No lo sé doctor, no lo recuerdo, gritos normales en discusiones normales, ¿no lo cree?

—Continúame contando.

—No podía salir de mi casa por más que quisiera, mi novia temía que me contagiara, era muy sobreprotectora. Mi hermano fumaba marihuana todo el día encerrado en su habitación y yo me entretenía viendo redes sociales o jugando en línea hasta que mi mamá volviera de trabajar.

—¿Tenías clases, Juan?

—Sí, tenía clases de la universidad, pero no era capaz de despertarme para entrar, siempre me quedaba dormido en el sofá.

—¿Qué pasaba cuando tu mamá volvía de trabajar?

—Cenábamos y ella se dormía temprano y me dejaba mi lugar en la cama.

—¿Por qué dormías con ella?

—Nunca tuve cama propia doctor, nunca me compraron, no fui importante para mi familia, me tocaba dormir con mi mamá o en el sofá viejo de la sala, pero allá hacía mucho frío.

—¿Cuándo aparecen las voces?

—Siempre, doctor, ellas siempre estaban ahí, eran ellas las que gritaban en las discusiones, yo sería incapaz. Eran ellas las que

respondían a mi novia cuando me llamaba, o las que saludaban a mi mamá cuando llegaba del trabajo o las que le pedían a mi hermano que le bajara el volumen al radio. Yo estaba muy cansado y era incapaz de hablar por mí mismo.

—¿Cuánto tiempo estuvieron?

—A lo mejor seis meses doctor. Desde agosto no siento nada. Fue algo pasajero, creo que es normal dado el encierro.

—¿Las voces te pedían que hicieras algo por ellas?

—A decir verdad, ellas fueron las únicas que estuvieron conmigo de manera incondicional. Eran capaces de simular: de mostrar alegría cuando solo mi pecho albergaba tristeza de un noviazgo que era virtual, de mostrar interés comiendo en medio de una familia que me rechazaba desde pequeño, de mostrar preocupación frente a mis inasistencias a clase o de mostrar empatía frente a mis amigos cuando se deprimían... todo lo hacían ellas para no tener que pensar.

—¿Por qué no querías pensar, Juan?

—Porque si hubiese pensado le aseguro, doctor, que hace mucho tiempo me hubiera muerto.

—¿Lo has intentado, Juan?

—¿Intentado qué, doctor? ¿Suicidarme? Sí, dos veces atrás. Pero en ese tiempo no tenía a las voces para que me cuidaran, así como ahora que decidieron irse.

—¿Qué sientes ahora?

—No le niego, doctor, que al principio sentía rabia y desesperación por no poderlas controlar, hablaban al mismo tiempo y era un caos, luego las fui aprendiendo a conocer y era un alivio sentirlas en mi mente, incluso tocábamos temas trascendentales como los

cambios del mundo en este extraño 2020. Pero ahora que no están siento un poco de temor, me siento más desprotegido que antes, inseguro y quizás desorientado. ¿No puede darme algo para el dolor de cabeza doctor?

—Te pondremos un medicamento, Juan, no te preocupes.

—¿Y se demora, doctor? Hoy tengo una entrevista de trabajo, no es que haya sido muy sencillo obtenerla, no sabe las ganas que tengo de independizarme, ya a mis veinticinco años es justo buscar un hogar propio, donde yo sienta que pertenezco.

—Pero antes de que te puedas ir, cuéntame, ¿cómo llegaron las voces a ti, Juan?

—Fue una noche doctor, justo meditaba en el sofá sobre mi vida, lo que podría depararme un futuro muy nublado, una vida desordenada, un pasado insostenible... porque créame, doctor, estar en mis zapatos no ha sido fácil, pero le he tratado de meter ganas y estoy seguro de que ese empleo será mío y con el primer pago me iré a comprar mi cama.

—¿Qué te dijeron?

—Jajajajaja, no doctor, ellas al principio no hablaban, solo gritaban, ruidos incomprensibles, tal vez los que le decía mi mamá que escuchaba. Era difícil contenerlas mientras las amaestraba, fue todo un proceso de domesticación. Ellas llegaron justo en el momento que entré al sueño... recuerde, doctor, que los sueños son portales y sus deseos más intensos llegan a usted de diferentes manifestaciones. En el sueño somos susceptibles, tal vez a despertar o a creer que despertamos cuando aún continuamos en él; en ocasiones se pierde la delgada línea entre la realidad y la virtualidad. Otras veces queremos despertar, pero nunca lo hacemos porque aún no habíamos empezado a dormir, es ahí cuando se es más susceptible, cuando más fácil se puede perder la batalla con uno mismo, porque en ese

caso ya las voces no serían tus compañeras temporales de vida, sino tus dueñas y no quisiera imaginarme qué podría pasar.

—¿Qué deseabas, Juan, en ese sueño?

—Ser feliz, doctor

—¿Y con ellas lo lograste?

—Es difícil decirlo... ellas camuflaban mis sentimientos para no sentir dolor y creo que eso es una forma de felicidad. Pero le reitero, doctor, ellas ya se fueron de mí hace algún tiempo y dudo de que regresen. Sin embargo, ¡me siento más vivo que nunca! Pero espere, doctor, ¿por qué apaga la luz? ¿A dónde va? No es divertido... ¿doctor? ¿Mamá?

—Y, ¿si acaso es un sueño?

—¿Quién habló? ¿Quién anda ahí? Parecía todo tan real...

Y justo en ese preciso momento, cuando se estaba levantando —según él de un mal sueño— entró la enfermera a su cuarto haciendo el anuncio de su primera visita del día.

[Seudónimo: Scherezada]



Primera mención

# Azul profundo

Federico Quiroz Gómez

Si el azul del cielo es el reflejo del mar, me gustaría nadarlo entero para ver mi reflejo volando lejos. Me confundiría en las nubes y las olas, daría la ilusión de hacerme mover más ágil en el azul profundo de un infinito. Aunque inalcanzable, ese es mi deseo de cumpleaños, y así lo firmé soplando con mucha fuerza las velas, aplicando la fuerza necesaria para que cambiara el destino. Mi padre habría notado cómo desaparece la llama de la vela, así como desaparecen los sollozos de mi hermana; mi madre me habría cargado en brazos, leyendo mi mente y mi sueño; y mi hermana saldría de la pieza de donde casi no sale para darnos un primer abrazo, en años.

No hemos sido de mucho revuelo. Mi cumpleaños se celebró en casa como un día cualquiera, pero con una torta especial, un *cheesecake* rebosante de moras, el favorito de Teresa. Habíamos concordado en sacarla de ese mundo en el que se sumergía cada vez más. Ni los peces ni las aves nadan solos en los libros, así que he donado mi día del año para hacer, de nuestros años perdidos, un día. Lograríamos

romper la represa que te retiene, esa laguna de agua estancada en donde tanto te empeñas en quedarte, con un olor a pastelería en el aire que te haga saltar como antes hacía.

Años de ballet profesional no podrían perderse de esa manera y mucho menos la belleza, que has heredado de mi madre, y la fortaleza de mi padre, todo por un simple fémur. Mírame a mí, Teresita, que tengo dos y son igual de inútiles. Que dos fémures inútiles no me han detenido para ser admitida en la universidad y cumplir un sueño infantil, trabajando y consiguiendo un empleo decente para pedir vacaciones e ir a nadar en el azul profundo del mar, aun si los inválidos muriéramos ahogados; aun si la única opción que me queda fuera flotar en el agua y creer ver mi reflejo en el cielo. Teresa, he soplado las velas con mucha fuerza porque no he querido decirte que las piernas rotas no rompen sueños.

Tú has pertenecido siempre arriba, en el cielo, como ave ágil que se mueve en el infinito mientras que, por mi parte, he decidido pertenecer a la arena, al mar. Entiendo que odies ver la silla de ruedas cuando sales al baño y entiendo que antaño, cuando saltabas en *cabriole* o flotabas en *bourzé*, te gustaba mirarme desde lo alto; entiendo que el ave que vive en las nubes tenga miedo de caer al mar, pero, ¿es acaso eso justificación para hacer sufrir a Urano y Gea que todo nos han dado? ¿Es acaso justo que conviertas la fuerza vital de la vida, los sueños, en un simple retrato?

Te quiero, como lo demuestra escribirte una carta para lanzar debajo de la puerta, pero ya ha sido suficiente. Si no aceptas a los sueños como la fuerza transformadora de la vida, la razón para vivirla, entonces, acepta la realidad y acepta ver a padre y madre decaídos, muriendo con las deudas al cuello por la academia, pero viviendo por la esperanza de verte en la sala.

Tocaré tu puerta antes de irme para decirte: “Durante diez años traté de levantarme de esta silla en vano, de adaptarme a la noticia

de que todos serían más altos y de que yo solo ‘les llegaría al pecho’. Madrugo mucho más para llegar temprano a pesar de la lentitud del ascensor del metro, se me cansan los brazos tratando de cocinar algo en una cocina para normales, y me he cansado emocionalmente de ver, y no verme, en el mejor resultado de la evolución, animales *sapiens* en bipedestación. A pesar de que dos rueditas me muevan seré yo el que les dé rumbo hasta la playa de Ítaca. ¿Y tú? ¿En dónde piensas parar, sumergida?”.

Mañana iré a Medellín, y tú no saldrás a despedirme, porque no hemos sido de mucho revuelo. Espero que el agua oscura en la que te encuentras no se manche de rojo sangre por el adiós que no se dijo, porque la despedida duele para quien se queda. Yo amo el azul, el azul profundo de un profundo horizonte, pero no amo, en lo absoluto, el azul y lo profundo de tu llanto.

[Seudónimo: Alfarero]



Segunda mención

## Uxoricidio

Kevin Aleixander Graciano Mejía

Miradas disparadas entre polvo, cuero y páginas. Miradas perdidas entre los estantes de la R a la Z. Miradas encontradas en una atracción sin igual, convergente, mutua, recíproca. Ella veía su piel, apreciaba sus curvas, su cuero, su alma intacta. Encontrole para arrebatarse del polvo ajeno y embarrarle del suyo, de su flameante calor vespertino antes que le abandonase el cuerpo y su conexión.

Le sintió de la mano y anduvo resguardado bajo su muñeca hasta los arreboles, la puesta del astro escultor, hasta que la noche pintase su melancolía en el Gran Lienzo.

En tal taciturna velada desnudaron sus almas, ella leyó sus curvas cuales “comas”, le posponía el “... y final” a cada punto, para siempre seguir. Sin importar el tiempo, ni el ritmo, ni la hora, quería repararle página a página su historia de vida, su perdición.

No quería ver amanecer, y el sol al alba, sin antes escudriñar los secretos demoníacos e impuros de su existencia. Él, por otro lado,

aprobaba su determinación entre besos de tinta que la adormecían sin logro.

Su intuición rogábale detenerse, vivirle con mesura, con su compañía varias noches y no una, pero el éxtasis de la noche, ante sus cuerpos entrelazados, prometía no abandonarles ante gran viaje. Ella siempre permaneció anonadada ante la experticia de aquel ser. Él siempre inquieto ante la avidez de su amante.

Línea, renglón, párrafos y capítulos. Poco a poco la entrañable búsqueda iba finiquitando su móvil. Poco a poco iba encontrando un final sin suspensión ni posibilidad de posponer. Los besos iban siendo más exangües, exánimes, secos, hirientes.

Se tomaron su tiempo, platicaron, colocaron los acentos y puntos sobre las íes. Ella se preocupaba por su amor efímero. Él le susurraba versos cargados de tinta, en negrita, que le apaciguaban la consternación, que le avivaban el sepulcro de un amor sin igual, que le regocijaba el nacer, el vivir, el morir, el existir.

“El amor está condenado ante la superficialidad”. Y la bala atravesaba su pecho, ahí entre sus senos. “No eres menos que mucho”. Y florecía entre sus brazos y sus cueros condenados y unidos, ramas secas y espinosas, eflorescentes y feas y criptógamas.

“El amor está condenado ante la superficialidad”. Y vaya amor inocuo, ubicuo, omnisciente, omnipotente. Sin guardarse detalles, palabras, latidos y sentires. Siempre diferente, siempre interesante, siempre arriesgado, siempre imperfecto. La vida se les insinuaba por el alto nivel de seducción que les brindaba. Y el amor profundo y sincero, digna novela, se iba colapsando ante los puntos cada vez menos.

Pronto llegó lo que los desdichados conocían desde la puesta del astro pintor, y sin poder ver de nuevo el lienzo cubierto de novel obra áurea, la vida se le iba a una “Siempreviva”, su existencia ce-

rraba su ciclo a la par de sus ojos nocturnos y el rastro de su sangre salpicaba las espinas y ramas secas de su amante.

Y después de leerle de principio a fin, volvió a la biblioteca sin un pedazo de su ser, ya perteneciente a Él, sin volver a ser la misma otra vez, ahora en busca de su próximo amante.

[Seudónimo: Alberto Lucio]



Tercera mención

# Una canción de Helenita Vargas

Lady Johanna Hernández Zapata

Mi mamá no sabe que ya me enteré... pero ayer la escuché hablando con la doctora y ya sé que me voy a morir... y muy pronto.

Esta mañana entró a mi pieza como si nada, con el mismo ritual que lleva a cabo desde hace unos meses: abre la puerta cantando la canción de Helenita Vargas, esa que dice *“pocos lo conocen como lo conozco, lo conozco yo... pocos han probado esa hiel amarga que hay en su interior... usted es un mal hombre, sin nombre, señor...”*, sí, solo se sabe “ese pedacito” de la canción, pero a mí me encanta oírla porque cuando yo la miro con los ojos entreabiertos, apenas despertando, y le digo: “mamita, ¿vos no te sabés otra cancioncita?”, ella responde con una risotada mientras abre las cortinas y las ventanas para que entre aire nuevo y se aliviane un poco el ambiente de la habitación. Hoy, aunque trató de hacer lo de siempre, noté que al mirarme se le escapaban un par de lagrimones que se limpió rápidamente tratando de que yo no me diera cuenta, mientras me decía: “ve, dejá mi cancioncita en paz y más bien levántate, que tenemos que irnos para la EPS por las órdenes”, “¿otra vez?”, le dije yo, aunque ya conocía

la respuesta... “Sí, hija, otra vez”, me dijo ella, “tenemos que ir a autorizar lo que le mandó la doctora ayer y es mejor ir temprano, antes de que llegue mucha gente y nos toque muy atrás en la fila”.

Mi mamá es una mujer aún joven. Yo me lleno de orgullo al ver que las mamás de mis amigas se ven mayores, pero la mía no... su piel aún conserva destellos de frescura y firmeza y su sonrisa es vivaz. Su espíritu está marcado por un excelente sentido del humor y gran capacidad para disfrutar de las cosas pequeñas, por lo que con frecuencia se ve feliz y sonriente. Solamente las líneas de expresión alrededor de los ojos y unas ojeras profundas delatan sus tristezas pasadas, las cuales, a punta de fuerza de voluntad, ha ido sepultando en lo más hondo de su memoria... porque ella es así, entierra lo que le duele, para que no amargue sus horas ni oscurezca sus días casi siempre luminosos; por eso oír a mi mamá llorar ha sido lo más hijueputa de esta enfermedad. Ella trata siempre de que yo no me dé cuenta, espera a que esté tarde, a que las luces de la casa ya estén apagadas y yo esté “acostada” (¡ja!), para encerrarse en el baño del segundo piso, ese que ya casi no se usa, en el cual guardamos trastos y muebles viejos que nos estorban... allí se sienta a darle paso a su impotencia y a su tristeza. A veces me paro detrás de la puerta, y mientras oigo sus sollozos reprimidos y sus gritos ahogados empuño fuertemente las manos tratando de no tumbar la puerta, abrazarla y decirle: “mamita, no te preocupes, todo va a estar bien, yo estoy bien”... incluso una vez hice tanta fuerza que no me di cuenta y me dejé marcas en las manos, que ella, ya acostumbrada a recorrer mi cuerpo con mirada escrutadora en busca de señales del enemigo invisible que me acecha, las vio y me preguntó: “ve y ¿a vos qué te pasó?”, a lo cual tuve que responder con lo primero que se me vino a la mente... “ayer antes de acostarme me lastimé con el cajón del escritorio”, obviamente, ella que no es boba, me miró incrédula e iba a seguirme preguntando, pero justo en ese momento sonó el celular. Al ver que mi mamá se retiraba a otra habitación respiré profundo y procedí a ocultar mis manos en los bolsillos del jean,

antes de decirle que me iba para donde Camila, mi mejor amiga, y que nos hablábamos más tarde... ahí quedó el asunto... menos mal, porque habría terminado contándole y sé que se habría turbado mucho, porque a ella no le gusta que la vean sufrir.

Después de la tonada matinal de Helenita Vargas me levanté y me arreglé, pero tal y como mi mamá lo predijo, cuando llegamos a la EPS la fila ya le daba la vuelta a la manzana. Miré a mi mamá y ella con su actitud positiva de siempre me sonrió y me dijo que no me preocupara, “el tiempo se va muy rápido, ya vas a ver cómo la fila se mueve y salimos de aquí en un par de horas”, pero yo sabía que no, que así llegáramos hasta el cubículo del asesor, la espera sería muy larga y que posiblemente no iban a autorizar todas las órdenes de una vez y que tendríamos que volver otro día. Ante ese panorama y después de pensarlo unos minutos, no me aguanté y en un tono más bien rudo y demandante le dije a mi mamá, “¡vámonos!”, mientras la miraba de forma desafiante. “Pero, ¿cómo se te ocurre que nos vamos a ir?, ¿y las órdenes?”, me respondió. “No me importa”, le dije. “¿Pero a usted qué le pasa niña?”, me increpó, muy seria. No me aguanté y le respondí: “Si igual me voy a morir, ¿para qué hago esta puta fila que se come las últimas horas que ya tengo contadas?”.

Recuerdo exactamente el día en que todo comenzó, fue hace seis meses... justo después de un sueño. Debió ser una pesadilla, porque me desperté con la respiración agitada y desorientada, además no sabía por qué, pero tenía mucho miedo. Al voltear la cabeza sentí la almohada mojada, como si hubiera llorado mucho. Me senté en la cama para calmarme, prendí la lámpara y en ese momento sentí el dolor más intenso que había experimentado en la vida... me imaginé que así era el dolor que se siente al ser herido con un cuchillo. El dolor me hizo doblarme en dos, y con cada respiración sentía cómo llegaba hasta lo más profundo de mis entrañas. Solo se me ocurrió llamar a mi mamá, pero la voz no me salía... como pude tumbé la lámpara de la mesa de noche, lo que ocasionó que los

de mi casa se levantaran, temerosos de los ladrones que ya habían robado un par de casas en barrios vecinos. Mi hermano abrió la puerta, me vio y gritó, “¡mami, venga rápido!”, en dos segundos mi mamá estaba allí... pero entonces todo empezó a ponerse oscuro... sentía mi cuerpo muy pesado.

Cuando abrí los ojos estaba en una sala muy grande llena de camillas, de hecho, estaba acostada en una, todavía con dolor, pero era muy leve. A mi lado una señora, ya mayor, me estaba tomando la presión. Al ver que me movía, me lanzó una mirada bondadosa y tranquilizadora. “¡Hola!, Voy a avisarle al médico que ya despertaste, tu mamá ya viene”, me dijo. En ese momento llegó mi mamá. Nos abrazamos hasta que apareció el doctor de urgencias, quien después de revisarme los ojos con una linterna, oírme el pecho con el fonendoscopio y palpar mi abdomen, nos dijo: “No me gusta que el dolor la haya despertado... aunque ya esté mejor, me siento más tranquilo si hacemos unos exámenes más”. “¿Qué puede ser?”, preguntó mi mamá. “Todavía es muy temprano para saberlo mi señora”, dijo el médico, “les pido paciencia, espero tenerles más explicaciones con los resultados de los exámenes”. Dicho lo anterior, firmó unos papeles en la historia y se fue.

Estuve varios meses en el Hospital. Cada día, la rutina se repetía religiosamente. Muy temprano en la mañana, la enfermera tocaba la puerta y me tomaba los signos vitales, luego llegaban las auxiliares de laboratorio a tomarme los exámenes; aunque ellas trataban de ser muy delicadas, tuve la pésima fortuna de tener “malas venas”, lo que ocasionaba que tuvieran que puncionarme varias veces para extraer la sangre. Luego pasaba el médico de ronda. Al principio él no me hablaba mucho, solo lo indispensable, pero una vez descubrió sobre mi cama un libro de Julio Verne que me había traído mi hermano el día anterior, se llamaba *Un capitán de quince años*. Al verlo, se sonrió y me preguntó: “¿Te gusta Julio Verne?”. “Es el primer libro que leo de él”, le dije, “pero me llama la atención que

el protagonista tiene mi edad y es muy valiente”. “Bueno, si sí te gusta, me cuentas y te traigo un par de libros escritos por él que tengo en mi casa”, me antes de salir de mi habitación.

La verdad es que en el hospital todos me trataron muy bien. Desde el humilde trabajador de servicios varios hasta la más encumbrada especialista, a quien llamaron para pedirle un concepto sobre mi diagnóstico. La doctora se llama Olga. Es una oncóloga pediatra, es decir, una especialista en cáncer en niños... porque sí, a los niños y a los jóvenes también les da cáncer. Una mañana ella llegó precedida de un particular taconeo, vestía una bata muy blanca y de su cuello colgaba un fonendoscopio de color amarillo. Me explicó que ya había analizado los exámenes, pero que quería hablar conmigo. Fue una larga charla. La doctora me preguntó muchas cosas de mi vida y fue hasta ese momento que me di cuenta de que en realidad llevaba varios días sintiéndome diferente... me cansaba más rápido e incluso en alguna oportunidad me llegó a faltar el aire, además estaba comiendo poco porque me llenaba fácil y la ropa me estaba quedando más ancha. Mi mamá, aunque lo notó, no le prestó mucha atención, ni yo tampoco... pensamos que estaba perdiendo peso por los nervios de los exámenes del colegio, ya que siempre he sido una estudiante dedicada.

Después de hablar conmigo, la doctora me revisó muy bien, centrándose especialmente en mi estómago. Al terminar me dio unas palmaditas en el hombro y se despidió de mí, pidiéndole a mi mamá que la acompañara un momento afuera. Mi mamá no se demoró mucho. Al volver a la habitación no noté nada particular, solo estaba un poco más callada. “¿Qué quería la doctora mami?”, le dije. “Que firmara el consentimiento para unos exámenes”, me respondió. “¿Más exámenes?”. “Sí, hija, más exámenes”, me volvió a responder, pero esta vez sin mirarme a los ojos.

Al día siguiente la doctora del fonendoscopio amarillo llegó más temprano. Me pidió que me sentara en la cama y la escuchara con mucha atención. Me explicó que los exámenes ya habían confirma-

do su diagnóstico: era cáncer. Aunque yo lo cuento así, en realidad la doctora se tomó su tiempo. O bueno, así lo recuerdo yo. Mi mamá permaneció callada, y su rostro no dejaba traslucir ninguna emoción, pero todo el tiempo su mano apretó la mía. Cuando la doctora Olga se fue nos quedamos solas, en silencio, mirándonos a los ojos. Finalmente nos abrazamos y yo me puse a llorar. Lloré tanto, que me quedé dormida. Cuando me desperté en la mañana, mi mamá estaba cantando la canción de Helenita que habría de acompañarme en este proceso, mientras abría las cortinas para que entrara la luz.

Después de la charla con la doctora Olga hubo más exámenes, quimio e incluso radio. Con la quimio vomitaba mucho y me sentía muy mal, se me cayó todo el pelo y perdí aún más peso; al mirarme al espejo no podía reconocermme, me sentía la muchacha más fea del mundo. Mi mamá siempre estuvo a mi lado como mi fiel escudera, con su actitud positiva y serena. No pude volver a estudiar ni a ver a mis amigas. Camila vino un par de veces, pero después no le permitieron visitarme, mi sistema inmune estaba muy débil, y “debían cuidarme de las infecciones”, me dijeron, pero ni siquiera el aislamiento logró protegerme del todo. Un día empecé con escalofrío y mucha fiebre: era una infección tan grave que debieron ingresarme a la UCI; a mi mamá no le permitían quedarse mucho tiempo. Me sentía muy sola. La necesitaba a ella, su sonrisa, su jovialidad, su luz. Estuve tan mal que alcanzaron a llevarme un sacerdote para que me despidiera. Entonces recé, recé mucho. Mi mamá y mi hermano también. Finalmente logré superar la infección y salir de la UCI.

Al regresar a hospitalización general encontré sobre la cama dos libros de Julio Verne: *De la tierra a la luna* y *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Estaban bellamente envueltos y tenían una tarjetica donde se leía, “para una valiente muchacha de quince años”. Aunque no volví a ver al doctor de los primeros días, supe que este había

sido un gesto suyo, que le agradecí inmensamente. Leerlos alegró mi corazón e hizo mis días menos largos y pesados, me los devoré en un par de semanas.

Desde que salí del hospital, me sentí mejor. No tuve más dolor, empecé a comer y el pelo me volvió a crecer. Asistía a mis controles regulares con la doctora Olga, y todos los días la canción de Helenita en la voz de mi mamá alegraba mis mañanas. Ya me estaba adaptando: los asesores de la oficina de la EPS ya me conocían y me llamaban por mi nombre. En el laboratorio las auxiliares ya le habían “cogido el tiro” a mis venas. Ya habíamos hablado en el colegio y al parecer me iban a permitir regresar a terminar el año, Camila estaba yendo otra vez a mi casa. Todo pintaba mejor.

La última vez que fui donde la oncóloga del fonendoscopio amarillo todo fue diferente. Lo capté inmediatamente después de ver cómo se transformó su rostro al abrir el sobre con la patología de la última biopsia. “¿Me disculpas un momento?”, me dijo. “Sí, claro”, le respondí, me levanté de la silla y me dirigí a la salida, pero me quedé allí, como tantas veces había hecho antes, escuchando detrás de la puerta, pero ya no era la del baño del segundo piso donde mi mamá se sentaba a llorar a escondidas, sino la del consultorio de la oncóloga. Aunque la voz se oía muy débilmente, el mensaje era claro: las noticias no eran buenas: el cáncer estaba de vuelta, más agresivo. Era hora de reorientar el esfuerzo terapéutico. Me remitirían a cuidados paliativos. Al escuchar a la doctora, decidí irme para la sala de espera. Después de casi media hora mi mamá fue a buscarme acompañada por la doctora Olga quien me asignó una nueva cita para un par de días después, “para que conversáramos”. Después de entregarle las órdenes a mi mamá, me sonrió y se fue.

Esa noche no quise ir a escuchar a mi mamá detrás de la puerta del baño porque sabía que estaba sufriendo mucho y que a lo mejor incluso se estaba tomando unos guaros. Más bien me acosté y cerré los ojos tratando de quedarme dormida. No quería pensar en nada,

pero en mi cabeza solo resonaba la canción de Helenita, esa que canta mi mamá todas las mañanas cuando entra a mi habitación a abrir las cortinas y las ventanas: “*pocos lo conocen como lo conozco, lo conozco yo, pocos han probado esa hiel amarga que hay en su interior*”. “*Pocos te conocen cáncer como te conozco yo, pocos han probado esa hiel amarga que hay en tu interior*”. ¡¡Llévate tu valentía para la mierda Julio Verne!!, dije en voz baja, pero con rabia. Yo lo que quiero es llorar hasta que me muera... Pero no me morí, solo me quedé dormida.

*Ese día después de la tonada matinal de Helenita Vargas, me levanté y me arreglé, pero tal y como mi mamá lo predijo cuando llegamos a la EPS la fila ya le daba la vuelta a la manzana. Miré a mi mamá y ella con su actitud positiva de siempre me sonrió y me dijo que no me preocupara, “el tiempo se va muy rápido, ya vas a ver cómo la fila se mueve y salimos de aquí en un par de horas”, pero yo sabía que no, que así llegaríamos hasta el cubículo del asesor, la espera sería muy larga y que posiblemente no iban a autorizar todas las órdenes de una vez y que tendríamos que volver otro día. Ante ese panorama y después de pensarlo unos minutos, no me aguanté y en un tono más bien rudo y demandante le dije a mi mamá “¡vámonos!”, mientras la miraba de forma desafiante. “Pero, ¿cómo se te ocurre que nos vamos a ir?, ¿y las órdenes?”, me respondió mi mamá. “No me importa”, le dije. “¿Pero a usted qué le pasa niña?”, me increpó, muy seria. No me aguanté y le respondí: “Si igual me voy a morir ¿para qué hago esta puta fila que se come las últimas horas que ya tengo contadas?”.*

Entonces mi mamá me miró, se sentó en el borde de la acera y con toda la genta de la fila de la oficina de la EPS como testigo, se puso a llorar duro, muy duro, con un llanto desgarrador y triste que irrumpía en el silencio de aquel barrio de ricos, donde quedaba ubicada la oficina.

[Seudónimo: J]

Cuarta mención

# De sonrisa y espantapájaros

Julio César Gómez Montoya

Sobre una historia ajena, que podría ser la propia: “El espantapájaros”.

Su lugar del mundo se ubicaba en una tierra húmeda, de clima tropical y cultura agrícola. Un pedazo de tierra adentrado en el valle de una pequeña montaña que surcaba un río oscuro y corto. El sitio no era parecido a ningún otro lugar, y se quedaba grabado en las memorias de quienes lo concurrieron alguna vez –como un sello que los ojos marcaban en el corazón de las personas, entre sus nostalgias y el olor a inocencia no explorada–.

Eran sus tiempos. En aquella época solían correr los días sobre su humanidad entera; pasaban a su haber de existencia más de seis meses entre la clemencia y la inclemencia del mismo tiempo; cada día, un juego del azar, expuesto al desnudo y cálido sol magistral del medio día, los nubarrones cómplices de su propia sombra en las tardes, las lluvias que arreciaron en los meses de marzo y abril, o las grandes oleadas de escarabajos que se llevan las hojas marchitas en otoño.

Él estaba allí: sin tiempo en su vida, sin recuerdos de historia; su mirada estaba siempre inmóvil al frente por la firmeza de la base de acero sobre la que descansaba su grotesca figura humana. Estaba entero corroído por el óxido que recorría sus únicos y últimos ropajes.

Su historia era simple: en alguno de los días del segundo mes lo forjó sin dolor hasta nacer su creador. De cabeza, un trozo de lata ovalada con dos manchas de pintura negra imborrable que recreaban un par de ojos; una línea también negra y gruesa que hacía sus veces de nariz, aunque no respiraba; un esbozo de labios colorados, que aunque no emitían sonidos siempre dibujaban una sonrisa tímida e interminable; como adorno, unos hilos gruesos de un viejo costal amarillo que estaban pegados a su coronilla con engrudo, que hacían las veces del cabello que revolcaba el viento en silencio –como el vaivén de un vals de una balsa naufragando sin rumbo en mar adentro–. Sus ropajes: una camisa vaquera de cuadros grandes para impresionarse imponente y un pantalón grueso, oscuro y desteñido, unido firmemente a la base del acero que lo soportaba; en sus entrañas, montones del heno reseco de la gran huerta donde solía estar inmóvil siempre. El firme acero de su base, contrastaba con esta lánguida imagen que inspiraba. Estuvo desde siempre allí: erguido, tibio, y a voluntad de su creador.

Nació en tiempo de cosechas. A sus espaldas, las mazorcas a floraban inmaduras sobre un verde que coloreaba el paisaje; las urracas exploraban ansiosas cada planta, aguardando, por meses, la maduración sus tiernos manjares, y con la firme intención de hurtarlos para su propio beneficio y el de sus familias en el momento oportuno.

En principio, su tarea tuvo cabida al ahuyentar los plumíferos, pero con los días, ya su imagen les fue tan familiar, que lo usaban como el sitio preferido de reposo en las tardes.

Nació aquel espantapájaros para desafiar las aves, el tiempo y los sueños de los que nunca fue protagonista, porque no soñó.

Pasó algún tiempo; el preciso y determinado desde su mismo día de origen.

Se terminaban los tiempos de cosecha y se asomaban a lo lejos las cometas de viento, haciendo figuras con sus colas como un ritual de amor a la vida y la libertad; estos mismos vientos habían llevado sus cabellos amarillos muy a lo lejos hasta lugares desconocidos. Su figura aún gozaba en pie, pero más mal parecida que en el principio de sus días.

El espantapájaros terminaba su función –si es que en algún momento la tuvo–. Ya sus labores se hundían en el fracaso de sus formas desgastadas y el sol de aquel día; la forma de su rostro estuvo inmóvil, pero nunca borró la misma sonrisa. Llegaron algunas de las aves a posarse sobre él como un desafío, un trofeo al optimismo, un impulso de heroísmo, la batalla al fanatismo. Era un premio simbólico, lánguido y oxidado.

Sobre sus ojos –que nunca miraron–, pasaron arco iris, aves de gran belleza y de todas las especies y colores, mariposas de todos los países, el astro sol y la luna en todas sus fases y sus eclipses, estrellas fugaces y los cometas. Pasó su mismo Dios; pasó el amor, los desamores, y Él siempre se mantuvo allí, inmóvil.

Con el fin de la cosecha llegó el fin de sus días “útiles”.

Y llegó lo planeado. Desde lo lejos de la plantación –ahora extinta–, se acercó una carreta a paso firme; era su creador que inevitablemente venía hacia Él. Los ruidos de las ruedas rechinaban en el valle con fuerza y cada vez más cerca pero nunca los escuchó. De nuevo no pasó nada en su interior.

Su creador llegó hasta su inmóvil lugar y se ubicó a su costado derecho, le dio un golpe seco a su base y en el acto se derrumbó de bruces al suelo; en la faz de figura humana, ahora el polvo se mezcló con sus ojos y sus ropajes se impregnaron de la tierra hú-

meda y el pantano. Era nada más que aquella figura amorfa como la costumbre.

Fue montado a la carreta y no sentía miedo ni angustias en aquel momento; no sintió vacíos ni plenitud. El heno seco de sus entrañas crujía con cada paso de la carreta rumbo a una pequeña colina hacia donde se dirigían; allí, una pila de madera a medio quemar dibujaba figuras en lenguas de fuego vivo esperándolo.

Su creador lo tomó del tronco, delicadamente lo depositó en las llamas, y con una gran furia ardió al calor del fuego hasta fundirse en la nada. Tal vez el momento más determinante de sus días y su tiempo que nunca volvió.

Él no recordó su existir -como un libro en blanco-. No recordó el tiempo de su vida ni la belleza desplegada ante sus ojos; no hubo sueños cumplidos o incumplidos; no recordó su imagen ni tuvo historias que contar. Él solo sonrió y se fundió para abrazarse sin regreso al fuego.

Y así fue como no pasó nada más. Una historia entre tantas que han pasado donde no hubo tristezas que la ausencia le quitó; no hubo motivos de seguir, no se arriesgó. Él no vivió; y sin motivos para amar se despidió donde la ausencia no le pudo. Su sonrisa fue un regalo -pero no la disfrutó-; una historia congelada y al momento en que nació, se terminó. Nunca vivió.

[Seudónimo: Alonso G.]

Ensayo



Primer puesto

# Condenados a muerte

Juan José Fierro Martínez

*No es un ángel;  
es un médico, que intenta y falla,  
pero tanto el intento como la caída son partes esenciales de su trabajo,  
y es la insuficiencia la que contiene la infinitud de lo humano*

Iona Heath

Fue una verdadera experiencia evidenciar los lugares inusuales a los que puede llegar un libro cuando la postergación de su lectura se hace regla. Vi con angustia cómo aquellas hojas paseaban por la casa con la ilusión de ser leídas. Después de muchos viajes, casi comparables con las aventuras de Jacques Cousteau, terminaban agotadas sobre el escritorio y quizás dentro de mis sueños escuchaba el sollozo de unas cuantas letras que se sentían en el abandono de los infortunados. No obstante, el tiempo que todo lo aplaca y asienta calmó los sollozos de las letras y fue una tarde de abril, cuando los demonios de la cotidianidad se habían aplacado y el aturdimiento que sobreviene del sueño preponderaba, el tiempo perfecto para iniciar la lectura de *Ayudar a morir*.

Ni el olor desagradable de las hojas ni el sopor de aquella tarde me impidieron disfrutar el apasionante misterio que esconden las letras escritas por Iona Heath, las cuales no hacen alusión diferente que al misterio de vivir. Hace algunos años adopté la costumbre de resaltar en los textos las ideas que alteran el ritmo del corazón, aquellas que en la finitud de las palabras hacen vibrar los hilos de nuestra historia y como un murmullo tenue empiezan a tocar la sinfonía de nuestra humanidad. Ahora debo confesar que aquellas letras sensibles y peregrinas se han dado un baño en tinta y pasaron de un blanco puro a un color ámbar que les imprime el aura del recuerdo.

Borges opinaba que “las palabras son símbolos de recuerdos compartidos”, y el libro *Ayudar a morir* es una comprobación más de que el sufrimiento, el miedo, la desesperación, la ira, la impotencia y la vocación de servicio son recuerdos que existen a lo largo del mundo, sin distinguir entre raza, sexo o nivel socioeconómico, fundamentales en el ejercicio de la medicina y, mucho más importante, en la vida misma.

Antes de transitar los intrincados caminos filosóficos que nos propone la muerte y el ayudar a morir, me gustaría definir los actores de esta obra de teatro. La palabra paciente proviene del latín *patiens*, que significa sufriendo o sufrido, este es, “el que sufre o soporta”, por otro lado, la palabra médico viene del latín *medicus*, y significa cuidar, ocuparse de, curar o remediar. Desde esta perspectiva, tenemos una relación clara entre aquel que sufre y el que debe remediar ese sufrimiento.

Ahora me gustaría dilucidar la relación del médico y los moribundos. John Berger en *Un hombre afortunado* nos explica la muerte y cómo esta se aborda desde la relación médico-paciente; dice que: el médico es el familiar de la muerte. Cuando llamamos a un médico, le pedimos que nos cure y que alivie nuestro sufrimiento, pero si no puede curarnos también le pedimos que sea testigo de nuestra muer-

te. El valor del testigo es que ya vio morir a muchos otros [...]. Es el intermediario viviente entre nosotros y los innumerables muertos. Está con nosotros y estuvo con ellos, y el consuelo difícil pero real que los muertos ofrecen por su intermedio es el de la fraternidad.

La historia es una de las mejores herramientas para comprender lo que somos. A lo largo de los años, la visión del moribundo y la muerte no se ha escapado del ciclo infinito de la evolución al que nos condenó Darwin. En la contemporaneidad pareciera que la muerte no es nada más que un simple fracaso de la medicina y de los médicos, seres incompetentes que no cumplen la pretensión mágica de la inmortalidad. Ante los ojos de los médicos escépticos a la muerte sucede lo imposible. Quizás el universo se deleita haciendo valer la afirmación poética de que lo increíble sucede todo el tiempo, y en ese ir y venir de sus éxitos aparece aquel que no tiene oportunidad ninguna sobre la tierra y está condenado a morir.

No tener una respuesta nos genera sufrimiento como médicos, y en el segundo en el que el corazón de nuestro protegido pierde el golpeteo de la vida nos sumimos en el abismo supremo de la desesperación. Sin duda, la finitud nos ha abofeteado, y en un momento caemos del olimpo de la ciencia al tártaro de la frustración. Es así como lo menciona Iona Heath: “Uno de los encuentros más desafortunados de la medicina moderna es el de un anciano débil e indefenso, que se acerca al final de su vida, con un médico joven y dinámico que comienza su carrera”.

Hace un tiempo escuché a un avezado orador decir: “Los médicos somos vendedores de ilusiones y tramitadores de incertidumbre”, e inmediatamente interpreté que hacía alusión a la incertidumbre propia de la enfermedad. Lo cautivador de esta vida es que en esa búsqueda de sentido que nos caracteriza no seguimos una línea recta hacia el final, sino que nos perdemos en el laberinto de la razón y, en ocasiones, salimos volando envueltos en un remolino de senti-

mientos. Siendo así sería pretencioso afirmar, como lo pretenden algunos, que los humanos estamos llenos de certezas.

Nuestro pensamiento no es más que un cúmulo de ideas llenas de incertidumbre y, por lo tanto, no es ningún pecado resignificar los momentos. Ahora, después de abrir el horizonte de posibilidades puedo ver que el trámite de incertidumbre al que se refería el orador no hacía alusión solo a aquella que suscita la enfermedad, sino a la que nos compete a todos, incluyendo a esos seres que han jurado proteger a los demás y que, en ocasiones, pretenden ser inmunes a ella, porque los médicos no nos acercamos como posibles mortales que también sufren, como potenciales enfermos y muertos.

El sufrimiento radica en el conflicto entre nuestra condición de existentes y la posibilidad de eternidad asociada a la muerte. En otras palabras, sufrimos porque recordamos la incertidumbre del existir. Acerca de esto, Saul Bellow anotaba que “la principal característica de nuestra existencia es el suspenso. Nadie –absolutamente nadie– puede decir cómo va a ser”. Como lo menciona Iona, “la persistente incertidumbre del destino humano demuestra que el control sigue siendo ilusorio y, más aun, que la ciencia, que reduce todo a números, no tiene manera de explicar aquello que no posee un término de comparación métrico o monetario”, dentro de estas, la muerte. Así, ¿es esta la enemiga que no se cansa de flagelarnos? No pretenderé responder, porque considero que es un ejercicio individual encontrarle sentido a la muerte, sin embargo, les daré algunos artilugios poéticos que quizás iluminen su búsqueda.

Sir Thomas Browne consideraba que “paradójicamente, es la muerte la que nos da el tiempo y su transcurso, sin lo cual nos veríamos perdidos en un caos de eternidad, sin motivo alguno para actuar ni, de hecho, para vivir”. Esa finitud que nos abofetea implica sufrimiento, pero también es una puerta esperando a ser abierta para guiarnos en la búsqueda de sentido. Lindsqvist nos lo deja claro cuando dice: “La brevedad de la vida no debe paralizarnos sino

evitarnos una vida diluida, sin intensidad. La tarea de la muerte es obligar al hombre a abordar las cosas esenciales”.

En lo que a los galenos respecta, la interacción con los moribundos es un estímulo para ver nuestra vida con el prisma de la muerte. Iona menciona que “si apartamos la vista de la muerte, también so-cavamos el placer de la vida. Cuanta menos conciencia tenemos de la muerte, menos vivimos”. Estos pacientes nos recuerdan nuestra finitud y avivan la oscuridad del miedo y el fracaso, sin embargo, también nos invitan a seguir arriesgándonos a vivir.

Después de intentar comprender la relación entre el médico y el moribundo, además del sufrimiento que suscita la muerte en el humano, se me hace necesario abordar el tema que motivó el título del libro: *Ayudar a morir*. Si somos seres sufrientes, ¿cómo podemos ayudar a morir?

La regla de la existencia, que es el mismo tiempo de la vida, nos otorga la oportunidad de ser dueños de un pasado, un presente y un futuro. Quisiera emprender la travesía del médico en pro de ayudar a morir con un fragmento del libro que embriagó mi alma de nostalgia: “Durante su última enfermedad, un amigo me dijo un día que su pasado le parecía un fracaso, su futuro casi inexistente y que se encontraba atrapado en la miseria del presente”.

Es esta búsqueda la que nos invita a pensar en nuestra temporalidad, en lo que fuimos, somos y queremos ser. No obstante, la realidad innegable que tenemos desde el nacimiento solemos solo recordarla con la vulnerabilidad que acaece junto a la enfermedad. Así, quizás ya tarde, nos percatamos del cúmulo de recuerdos y el abanico de sueños que determinan nuestro presente. El médico debe aprovechar su humanidad para ver en el moribundo los tiempos de su vida, para conocer su historia, entender su presente y ayudar a construir un futuro. Este objetivo no requiere una metodología más compleja que el simple hecho de preguntar y escuchar, pues

los moribundos suelen tener una voz retrospectiva a flor de piel y una claridad casi aterradora del presente. Al final de la vida, mirar hacia atrás constituye buena parte del ahora y es importante que la persona que cuida al paciente afirme el valor sanador del pasado y legitime los sentimientos del presente.

El futuro es el tiempo de la incertidumbre y está regido por el desconsuelo o la esperanza. Algunos moribundos lo ven como un engaño cruel, mientras que otros, iluminados por la *Elpis* griega, lo conciben como la meta de su presente, de esta manera, la vida del ahora consiste en resistir para lograr alcanzar el mañana, así sea solo por el hecho de existir y no precisamente el de vivir. Desde la Grecia antigua sabemos que en la caja de Pandora de la humanidad aún nos queda la esperanza, pero en el contexto del moribundo es necesario que el médico conozca los alcances de esta. En una de sus cartas, el literato inglés Samuel Johnson nos deja claro la dicotomía de la esperanza, pues es en sí misma una suerte de felicidad, y tal vez la principal felicidad que brinda este mundo. Sin embargo, al igual que otros placeres que se disfrutaban en demasía, el exceso de esperanza debe expiarse por medio del dolor y las expectativas desmesuradas deben finalizar en una frustración.

En un intento por recoger las ideas anteriores, considero pedagógico traer la solución que propone el texto a la problemática de la anécdota que cité al inicio de esta búsqueda, mencionaba Iona que la respuesta debe ser no solo reducir la angustia del presente y tratar de insuflarle algo de esperanza, sino también hacer un inventario del pasado: explorar la memoria, construir un relato de los logros y decir de manera explícita y reiterada todas las cosas bellas que con demasiada frecuencia solo se dicen en los funerales.

Ahora abordaré el proceso físico de enfermar y morir. Los síntomas molestos de la enfermedad hacen parte del camino hacia la muerte, y fue solo hasta el siglo xx cuando en el Reino Unido una enfermera se decide a proponer ante el mundo la filosofía de atención en salud que buscaba aliviar el sufrimiento de los pacientes en

condición terminal. En Londres surge la idea del cuidado paliativo como concepto que, más allá de la medicina, debería estar en los corazones de todos.

El cuidado paliativo surge como una necesidad de la tecnificada medicina moderna, que, a pesar de sus onerosas pretensiones de prolongar la vida, seguía chocando con lo ineludible de la muerte y lo catastrófico de la enfermedad. En el siglo xx, la expectativa de vida en el mundo aumentó, pero, como costo de esto, las enfermedades crónicas y sus molestos síntomas tomaron el protagonismo.

El aumento en la prevalencia de enfermedades progresivas e incurables catapultó el inicio de una atención para aliviar los síntomas múltiples, intensos y cambiantes de estos pacientes, que, sin duda, generan un gran impacto emocional en él, su familia y el equipo terapéutico. En ocasiones estos síntomas actúan como el ruido que le impide al moribundo escuchar su pasado y actuar en su presente, pues aún en nuestra era plagada de ciencia, el cuerpo sigue siendo el reservorio del alma y las afecciones del primero nos dificultan la tarea de pensarnos.

Quisiera referirme al dolor por ser uno de los ruidos que más hacen sufrir a los moribundos y que los médicos están en capacidad de controlar. El dolor es una experiencia desagradable enmarcada en la dualidad, debido a que es tanto sensación como emoción. Sentimos dolor como consecuencia de la destrucción de nuestro cuerpo, y a la vez, nos invade la ansiedad de ser vulnerables y estar solos. Pero lo cierto es que nacemos y vivimos con dolor porque es el regalo de la naturaleza que nos permite detectar aquello que nos hiere, en el cuerpo o en el alma.

Los cuidados paliativos han estudiado el alivio del dolor y hoy se considera un derecho humano. No obstante, ¿deberíamos siempre impedirnos sentir? Acerca de los síntomas que preceden a la muerte y de la función de la medicina en su alivio, Iona sentencia

que “la ambición de que la atención médica permita a las personas morir sin síntomas es una quimera inalcanzable y peligrosamente deshonesto”. Lord Byron anotaba: “El gran objetivo de la vida es la sensación; sentir que existimos, aunque sintamos dolor”. Estoy convencido de que debemos tratar los síntomas para reducir el ruido que perturba el alma del moribundo, pero encuentro sensata una visión revolucionaria donde estos reducen la frustración del final y ayudan al humano a reconciliarse con la muerte.

Entonces, ¿qué es lo que el médico necesita? Para Iona solo requerimos usar las manos, los ojos y el corazón. Tarea que no es sencilla pero tampoco imposible, porque si nos vemos con el prisma de la muerte comprenderemos que no debemos temer a la mirada del moribundo, sino aceptarla como un recordatorio de que aún ese cuerpo y alma pertenece al reino de los vivos.

El corazón y las manos hacen parte de la necesidad poética que tiene el médico. El ganador del premio Nobel de literatura de 1980 nos dejó los dos atributos del poeta: la avidez de los ojos y el deseo de describir aquello que ve. El médico debe aceptar la invitación diaria a convertirse en poeta, pues, así como este traduce la esencia del mundo en palabras, es responsabilidad del médico traducir la esencia del alma de aquellos que sufren en palabras precisas que sanen. Como lo recuerda Iona: “Solo podemos prestar una atención sanadora al miedo si podemos localizarlo, y como médicos solo podemos descubrirlo convocando a la palabra, escuchando e imaginando de manera deliberada y cuidadosa”.

El médico estadounidense Edmund Pellegrino sostenía: “La medicina es la más humana de las artes, la más artística de las ciencias y la más científica de las humanidades”. Aprender a sanar a nuestros pacientes y no pretender solo curarlos es una de las grandes misiones que nos quedan en el proceso de atención. Necesitamos enfocar nuestros esfuerzos en aumentar la profundidad del tiempo y no su extensión, en construir junto a la cama de aquel que sufre un relato

real de una vida que culmina. A través de una mirada que llegue al alma, de un toque sutil en el hombro que refleje nuestra sensibilidad a su dolor subjetivo, de una conversación que haga vibrar los hilos de su historia, cumpliremos lo que nos juramos desde el momento en el que decidimos amar a los otros.

Por último, en este dilema de la vida y la muerte me gustaría instigar nuestra capacidad de amar a los condenados a muerte. Kafka nos advertía que “cada persona o cosa que amas es muy probable que la pierdas, pero al final, el amor volverá de una forma diferente”. Es eso lo que nos resta, amar con gran intensidad, pues ni la incertidumbre ni la muerte puede arrebatararnos el amor.

Quizás no son suficientes las palabras que he utilizado para transmitir los sentimientos que me suscita la idea de ayudar a morir. A pesar de ello, la invitación de este párvulo en la tarea de vivir es que todos los humanos debemos darnos tiempo para ver que la muerte es más que el sensacionalismo o el silencio que abunda en la sociedad contemporánea: la muerte es la manera más natural y secular de resignificar a la vida.

## Referencias

Heath, Iona. *Ayudar a morir*. Madrid: Katz, 2008

[Seudónimo: Viajero de sueños]



Segundo puesto

# Utopía y educación en tiempos de pandemia

Vanessa Valenzuela Peralta

El sueño de estudiar medicina en la universidad pública se materializó aquel día que vi mi nombre en la lista de admitidos. Para entonces vivía en un barrio de Cartagena y la calle donde estaba mi casa era tan inverosímilmente estrecha que una moto entraba, pero debía salir en reversa; las casas grandes y sofocadas por el calor húmedo estaban casi adosadas unas con las otras, por eso las mínimas discusiones y hasta las conversaciones cotidianas como: “¿qué vamos a hacer de comida?”, “la yuca salió mala”, tenían muchos oidores; los perros ladraban al unísono y la mayoría de las veces sin una causa para el alboroto. Todos nos conocíamos y cada uno tenía su rol, como en aquella aldea de veinte casas de barro llamada Macondo. Ahí crecí, con carencias y alegrías.

En el primer año de la carrera de medicina, inesperadamente mi padre partió de esta existencia terrenal. Él, además de ser un pilar de amor para mi familia, era el sustento económico de un hogar en

el que mamá, luchadora incansable y campesina hasta los tuétanos, estaba presa por una enfermedad que le limitaba lo que más anhelaba: trabajar. Esos fueron días difíciles. Durante toda la carrera no tuve un computador propio. Me quedaba hasta que caía la noche en la facultad para sacar provecho de los computadores de la sala de informática; prestaba libros en la biblioteca médica, y con alguna frecuencia, como decía mi mamá, “pelaba la cara” para pedir prestado a algún vecino su portátil, a veces amables, a veces con gestos de profundo fastidio, a veces simplemente decían no, a secas. Eso me contristaba el corazón, y en el secreto de mi cuarto, lloraba.

Cuando un primo se mudó con nosotros para iniciar sus estudios en el SENA llevó consigo un viejo computador de mesa, que era más el tiempo que estaba averiado que horas de vida útil aprovechables. Y el camino puede ser árido, pero siempre hay oasis; seres de luz que ofrecen su incondicionalidad, sus hojas impresas, sus horas extras de trabajo... Personas hacia las que, sin duda alguna, la vida cada día se me desborda en gratitud.

Cuando comencé el año rural, con el primer sueldo que recibí, me compré el *bendito computador*. Ese día pensé en todas las lágrimas, el insomnio y la ansiedad que atravesé por seis años a causa de no tener esa máquina digital tan esencial en nuestros días.

Siendo abril de 2020, años después, frente a esta pandemia por el nuevo coronavirus, evoqué aquella época cuando en el noticiero del medio día vi a un niño boyacense con los ojos anegados en lágrimas de impotencia por no tener un *bendito computador* ni conexión a internet para hacer sus tareas. Revivió ese sentimiento.

Gabriela Mistral, maestra y premio Nobel de literatura latinoamericana, dijo: “La enseñanza de los niños es tal vez la forma más alta de buscar a Dios; pero es también la más terrible en el sentido de tremenda responsabilidad”. Educar a un niño es dejar una indeleble huella que marcará no solo su propia vida, sino que el impacto es

extenso y reverbera en las familias, en la sociedad y las generaciones venideras. De aquí que la educación se constituya en un asunto vital, inaplazable, urgente; en un derecho fundamental. Y aunque en los últimos años en nuestro país la educación ha tenido grandes transformaciones, la pandemia dejó a flor de piel una realidad ineludible: la desigualdad que sufren muchos para acceder a una educación de calidad.

Desde el inicio de la pandemia por el SARS-Cov-2 es incesante y abrumador el flujo de información; noticias salen como torpedos cada minuto, bombardeándonos el seso. El titular de un artículo de revista hace un par de semanas rezaba la frase: “catástrofe generacional”, refiriéndose al panorama educativo turbio e incierto de la vasta mayoría de niños, niñas y adolescentes en el país. Y es que esta epidemia de magnitud mundial por el Covid-19, este hecho sin precedentes en nuestra historia reciente, obligó al abandono de la presencialidad en las escuelas volcando sin piedad y sin advertirlo toda la actividad académica a una virtualidad que nos cogió, coloquialmente, con los calzones abajo.

Todo comenzó en nuestro país a mediados de marzo, cuando se expidieron directrices por parte del Ministerio de Educación Nacional para dar continuidad a las clases mediante el uso de las tecnologías de la información. Para fomentar esto, entre otras medidas, se expidió el decreto 464 de 2020, en el que textualmente, “se adoptan medidas concretas para garantizar que los colombianos cuenten con acceso a los servicios de comunicaciones durante el estado de emergencia económica, social y ecológica” siendo así declarados “los servicios de telecomunicaciones, radiodifusión sonora, televisión y postales como esenciales, en consecuencia, deberá garantizarse su instalación, mantenimiento y operación”. Comenzó de esta manera una ardua tarea. En las ciudades, con un esfuerzo casi heroico, profesores y estudiantes desde sus hogares luchan por sacar adelante el año académico con las clases virtuales

y las herramientas electrónicas. Paralelamente, ahí en el campo colombiano, centenares de niños –en el mejor de los panoramas– hacen computadores con trozos de madera y leen aquellas viejas cartillas de lectoescritura; porque muchos, sin más esperanza que la que puede dar sobrevivir un día más al hambre y a la violencia, se adentran en la selva a sortear un destino mezquino en el que la pobreza y la indiferencia los ha conducido.

La Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, Unesco, informó que alrededor de 156 millones de estudiantes vieron canceladas sus clases en las escuelas de América Latina. En Colombia, el Ministerio de Educación publicó la alarmante cifra de 102.880 niños, niñas y adolescentes que abandonaron los estudios desde el inicio de la pandemia. Números que destruyen esperanzas.

Pero exploremos mejor este terreno y analicemos que el problema trasciende a los recursos tecnológicos. El 80% de las matrículas de todo el país obedece a colegios públicos, es decir, la gran mayoría de estos estudiantes hacen parte de hogares con ingresos medios a bajos y en condición de pobreza; solo el 34% de estas instituciones posee internet en sus instalaciones, lo que contrasta con el 97% de las privadas. En este punto, echemos un vistazo a las cifras publicadas por el Laboratorio de Economía de la Educación de la Pontificia Universidad Javeriana: el 63% de los estudiantes de último grado de bachillerato y de primaria del país no tienen acceso a internet ni computador; en el 96% de los municipios de la región, menos de la mitad de los estudiantes tienen acceso a herramientas que les permitan dar clases virtuales y más de un millón en zona rural no cuentan con internet. Claramente, el círculo vicioso de pobreza e inequidad social coartan el acceso a la educación. Y precisamente en esta pandemia se han combinado perversamente todos estos factores: la falta de herramientas para el estudio –con la subsecuente deserción escolar–, la escasez de recursos económicos, el desem-

pleo de los padres, los factores psicosociales como la ansiedad y la depresión; todos conforman una perturbadora mezcla, un caldo nauseabundo del que muchos hogares se alimentan en nuestros días y que indigesta con violencia, desigualdad, ignorancia, trabajo forzado y embarazos prematuros que perpetúan esta infame cocción.

Sin duda, ante esta situación emergente y compleja, la mejor posición que podemos asumir es el reconocimiento de las falencias y el trabajo arduo por mejorarlas. Frente a esto, Unesco considera que se deben fomentar sistemas educativos más resistentes y adaptados para hacer frente a los conflictos armados, los problemas sociales y los desastres de origen natural, así como garantizar que la educación se mantenga en medio de situaciones de crisis, durante y después de los conflictos armados.

Siendo esto el ideal, la utopía de la educación como una urgente prioridad. Ángel Pérez, profesor universitario colombiano, experto en educación y columnista de la revista *Dinero*, expone una postura interesante, que podemos considerar resiliente, al afirmar: a pesar de la desventaja de la educación oficial, la Covid-19 logró transformar la educación, hecho social que traerá indudables beneficios a futuro [...] Esta masa crítica de semejantes proporciones es nueva y enriquece, desde ya, la formación y las prácticas de los maestros, también tiene efectos positivos para los padres de familia y espero que incida en las decisiones de los gobiernos nacionales y locales.

Y es que es menester, incluso por salud mental, permitirnos conservar el ánimo transformador y el espíritu combativo; las crisis han precedido los grandes cambios históricos, y podemos estar a las puertas de una revolución educativa sin precedentes.

Con todo –y aquí respiro hondo– todavía añoro con esperanza el día que en nuestro país se puedan formar generaciones de niños, niñas y adolescentes con libertades y justas oportunidades, críticos con la realidad, escuchados, valorados en su esencia.guardo con

paciencia el día que, como en su utopía, Eduardo Galeano espera que “la educación no sea el privilegio de quienes puedan pagarla”.

[Seudónimo: Vanessa ValPer]

Mención

# La muerte, un camino y un final

Andrea Foronda Obando

*La muerte, por supuesto, no es un fracaso.*

*La muerte es normal.*

*La muerte puede ser el enemigo,  
pero también es el orden natural de las cosas.*

Atul Gawande, *Being Mortal*

En la escuela, cuando tenemos nuestros primeros acercamientos con las ciencias naturales, nos enseñan que los seres vivos nacen, crecen, se reproducen y mueren. Ese es su ciclo vital. Sin embargo, con el tiempo nos damos cuenta de que unos no nacen, unos no crecen, unos no se reproducen, pero que todos, sin excepción, mueren. Aunque esta es una verdad irrefutable y un hecho inevitable, la idea de la muerte puede llegar a ser para algunos una pesadilla que siempre está esperando para aparecerse en cualquier sueño sin previo aviso.

Para algunos, al pensar en la muerte, la primera imagen que viene a su mente es un adulto mayor –tal vez de unos ochenta y cinco años–, con algunas enfermedades de base o a veces sin ellas, quien un día,

de repente, dejó de respirar y su corazón dejó de latir. No obstante, al tomar este tema con más calma y yendo más allá de esta idea simplificada, nos encontramos con algunos aspectos cruciales como:

- a) la pirámide poblacional mundial se ha invertido en las últimas décadas; un evento explicado, entre otros, por el incremento en la esperanza de vida y la disminución de la tasa de natalidad;<sup>1</sup>
- b) de acuerdo con las cifras mundiales, las muertes en los mayores de setenta años solamente corresponden al 50% del total de las muertes;<sup>2</sup>
- c) el cáncer, los accidentes de tránsito, las enfermedades transmisibles como el VIH y la tuberculosis, y el suicidio se encuentran entre las primeras causas de muerte en los menores de cincuenta años y la frecuencia de estas ha ido aumentando en el tiempo.<sup>2</sup>

En la vida cotidiana no es infrecuente encontrarse con un sujeto X de unos veinticinco años que vive su vida bajo la premisa “de algo hay que morirse”, y un sujeto Y, con una edad que puede llegar a triplicar la del primero, quien le teme al día en que la muerte llegue a tocar a su puerta y agradece a la vida, al universo y a todo aquello a lo que se le pueda agradecer, cada día extra que puede sumarle a su vida. Frente a esto no es extraño que surjan muchos interrogantes. ¿Qué ocurrió en el sujeto X para tener esta percepción? ¿Qué necesita vivir el sujeto Y para compartir esa idea con el sujeto X? ¿Qué le falta al uno que el otro ya tiene?

Este ha sido un fenómeno que desde hace un tiempo me ha generado curiosidad, precisamente por aquello que mencionaba sobre el imaginario usual –y tal vez ideal– sobre quiénes son los que mueren.

---

1 Our World in Data. The global population pyramid: How global demography has changed and what we can expect for the 21st century. Disponible en: <https://ourworldindata.org/global-population-pyramid>

2 Our World in Data. Causes of death by age. Datos actualizados hasta el año 2017. Disponible en: <https://ourworldindata.org/causes-of-death>

Podemos llegar a pensar que por su edad ya han tenido suficiente “preparación” para asimilar la idea de morir, como si acumular años fuera el único requisito para hacerlo. ¡Como si la muerte fuera un asunto exclusivo de los viejos!

Desde que inicié mi formación como médica, mis profesores han sido reiterativos en la idea de que lo que sé, lo que hago o lo que digo durante el ejercicio médico, puede ser decisivo para SALVAR UNA VIDA. Dicho en otras palabras: en mis manos está el poder para reparar aquello que no está funcionando como debería. La mayor parte de la formación médica se trata de aprender cómo llevar a cabo esta misión, que a veces puede llegar a ser utópica.

Nuestra cultura vive inmersa en la muerte, pero pretende negarla a como dé lugar. La idea de aprender a lidiar con ella no suele ser lo prioritario. Ni en las facultades de medicina ni en nuestra vida cotidiana. ¡Pero qué hacer cuando en esa escena el médico no puede ser el superhéroe –como si de ciencia ficción se tratara– que gana la batalla contra la muerte y ella termina ganando? ¿Qué hacer cuando no hay nada más que pueda cambiar este rumbo natural de las cosas? Porque finalmente la muerte es un camino, pero también un final.

Hace aproximadamente un año conocí a una paciente de unos setenta y algo. La llamaré M. La conocí desde el primer día de una de mis rotaciones clínicas. Estuvo en la misma sala del hospital durante un mes, tiempo durante el cual yo estuve en ese servicio. Todas esas semanas su diagnóstico era desconocido por todos nosotros. Lo único claro era que su enfermedad estaba progresando y cada día afectaba más su estado de salud.

Después de una amplia gama de exámenes de todo tipo para descartar otras enfermedades, faltaba realizar un último examen que diferenciaría entre las últimas dos posibilidades que los médicos tratantes estaban considerando. Ese examen permitiría, después de tantos días, establecer por fin un diagnóstico definitivo. Sin

embargo, sin importar este veredicto final, estaba claro que ambos tenían un mal pronóstico. Antes de tener el resultado, le hicimos saber esto –o se lo insinuamos, no lo recuerdo muy bien–, y su única respuesta fue “yo sé que Dios me va a sanar”. Mi tarea para el día siguiente, *el gran día*, era leer sobre esas dos patologías.

¿Cómo decirle a M que la enfermedad que tenía era muy rara y extremadamente agresiva? ¿Cómo explicarle que, en el mejor de los casos, le quedaban entre ocho y doce meses de vida? ¿Cómo derrumbar su certeza sobre una curación que probablemente no llegaría y reemplazarla por una sentencia de muerte? El médico tratante se encargó de explicarle a M y a su familia sobre su diagnóstico y cuál era la conducta a seguir, puesto que había tratamientos que se podían intentar para prolongar sus días de vida. Ese fue el último día que la vi. Lo último que supe sobre ella es que fue trasladada de servicio donde algunos especialistas en esas enfermedades probarían algunos de sus *tratamientos milagrosos*.

Volviendo a los sujetos X y Y de antes, ¿será que la certeza de M frente a la mejoría de su estado de salud podría ser la manera en que evitaba pensar en la muerte? ¿Será que, así como podríamos llegar a pensarlo sobre el sujeto Y, había algo que le faltaba para ver la muerte como el sujeto X lo hacía? ¿Cómo aceptar y abrazar la idea de la muerte? Aunque en aquel entonces pude indagar más al respecto, no lo hice. Nunca podré conocer la respuesta a esas preguntas. Y más aún, nunca podré saber si esa respuesta existía.

Pacientes como M me han obligado a confrontarme y preguntarme cuál es mi manera de ver la muerte. Sobre eso, tengo más dudas que respuestas. La única certeza que tengo en este momento es que afrontar la muerte como el final del ciclo vital de todos los seres vivos no es algo que ocurra de manera automática para todos nosotros –aunque así lo queramos–. Para algunos, el hacer las paces con el final de su vida, o de la vida de alguien cercano a ellos, es un evento que requiere tiempo y se convierte en un proceso que debe

hacerse de manera consciente, en el que incluso puede llegar a ser necesaria la intervención de profesionales para abordar el tema de una forma más sana y tranquila.

En medicina hay dos cosas irreparables: envejecer y morir. Son dos hechos innegables e inevitables. Sin embargo, a veces se habla menos de ellos y se obvian más de lo que se debería. Incluso, en ocasiones, apoyados en los avances en medicina y las tecnologías revolucionarias del siglo, se lucha más por negarlos y evitarlos de lo que las ciencias naturales que nos enseñaron en los primeros años de escuela nos demostraban que se debía hacer.

[Seudónimo: Alstroemeria]



# Autores

## **Anna Katherine Ruiz Ruales**

Nací y crecí en Pasto. Desde 2008 vivo en Medellín, termine medicina en 2016 y soy residente de Cirugía Plástica desde 2017.

## **Karen Jaramillo Osorio**

Estudiante de medicina, amante de la fantasía literaria, cazadora de historias que busca mediante sus relatos describir vivencias propias. Enamorada de los libros, la melancolía y el buen café.

## **Federico Quiroz Gómez**

Estudiante de quinto semestre de medicina, que ha tratado de cultivarse en las artes y en las humanidades para compensar la precisión y la cuantificación que trae la ciencia. Amante de *Memorias de Adriano* de Margarite Yourcenar, lector desde los quince años e inquieto por las diversas posturas filosóficas; el resto sería añadidura y silogismos traviesos.

## **Kevin Aleixander Graciano Mejía**

De pseudónimo Alberto Lucio, nacido el 9 de diciembre de 1998 en el caluroso pueblo rivereño de Puerto Berrío. Músico de vientos (clarinete y saxofón) en construcción desde los seis años. Ingresa en 2016 a medicina. Inicia su travesía literaria en la ávida lectura de literatura universal y se interesa poco a poco en cuentistas, entre ellos, Edgar Allan Poe. Actualmente prepara su primer libro de relatos cortos, “Cuentitos y otros viajes”.

## **Lady Johanna Hernández Zapata**

Pediatra y Reumatóloga. Profesora Facultad de Medicina.

## **Julio César Gómez Montoya**

Treinta y ocho años, nacido de una familia típica antioqueña. Graduado de medicina en 2007. Leal a la familia de sangre y de vida por convicción. Un tipo común, amante del arte en silencio.

## **Juan José Fierro Martínez**

Nació en Cartagena el 9 de julio de 1999. Terminó el bachillerato en el colegio de la Universidad Pontificia Bolivariana. Estudiante de medicina de décimo segundo semestre. Ve en la literatura una forma de expresión y trascendencia.

## **Vanessa Valenzuela Peralta**

Nací en la ciudad de Cartagena de Indias, el domingo 10 de diciembre de 1989. Estudié la primaria en un colegio del barrio y logré entrar para hacer el bachillerato en el que es, a mi juicio, el mejor colegio público de la ciudad: la Institución Educativa Soledad Acosta de Samper, donde obtuve mi grado de bachiller académico

con el honor del premio Soledad Acosta de Samper en 2006. Logré ingresar a la Universidad de Cartagena, pero con la alegría de estar cursando mi segundo semestre llegó la tristeza de perder a mi padre en 2008. Obtuve mi título de Médica en 2013. Hice el rural en Tarso (suroeste de Antioquia). Después de muchos intentos, logré entrar en la Universidad de Antioquia en 2018. Hoy tengo treinta años, soy hija, hermana, esposa de un maravilloso ser humano que ha sido simplemente incondicional; soy amiga, estudiante del posgrado de pediatría y soy una persona que ama la vida y anhela seguir aprendiendo de ella.

## **Andrea Foronda Obando**

Soy Andrea Foronda Obando. Tengo veintidós años. Futura médica de la Universidad de Antioquia. Me apasionan los idiomas, especialmente el inglés y el francés. Amo los delfines y las iguanas. Me encanta el limón con sal. Me sueño siendo médica voluntaria de Doctors without Borders.



# Participantes

## Cuentos

Titulo	Seudonimo	Nombre
Lejos de la orilla	Nanna Baskerville	Anna Katherine Ruiz Ruales
Un alma sobre el puente	Ours à lunettes	Carlos Andrés Patiño Mejía
El cielo no es azul	Camilo Cienfuegos	Christian Camilo Gómez Duque
Entre montañas y ballenas	Almería	Daniel Alejandro Castaño Zapata
Estancia	Fausto	Deibie Yesith Mendoza Mendoza
Azul profundo	Alfarero	Federico Quiroz Gómez
Ginger	Caius Calamaius	Giuseppe Gerardo Genta Mesa
La vida es árbol, crece	María Soledad	Isabella Rocha Giraldo
El trasfondo	LaChimo	Johana Sirlenna Cerón Pérez
Memorias Perdidas	Macrófago M1	Jonathan Camilo Ruiz Triviño
Fugaz	Viajero de sueños	Juan José Fierro Martínez
De sonrisa y espantapájaros	Alonso G.	Julio César Gomez Montoya

Esquizofrenia	Scherezada	Karen Jaramillo Osorio
Uxoricidio	Alberto Lucio	Kevin Aleixander Graciano Mejía
Una canción de Helenita Vargas	J	Lady Johanna Hernández Zapata
Clínicamente significativo	Dizzie Lizzie	Lizeth Andrea Alfonso Carrizosa
Maternidad	Palma	Manuela Cardona Jaramillo
El Espejo Del Alma	Manuela Cardona Gómez	Manuela Cardona Gómez
Este virus	Random Access Memory	Marcos Stivel Múnera Patiño
Vive un extraño ser en mi pueblo	Rocamadour	María Antonia Roldán Yepes
Pesadillas	Flor de loto	Natalia Estefanía Colimba Cuaical
El olvido de mi abuelo	La periodista	Omaira Alejandra Bustamante Restrepo
Noctámbulo	Veritatis	Sebastián Rivera Isaza
La última cirugía del doctor Betancourt	Violeta Zaid	Vanessa Gómez Díaz

## Ensayos

Título	Seudónimo	Nombre
La muerte, un camino y un final	Alstroemeria	Andrea Foronda Obando
La desigualdad en el acceso al conocimiento	Isaac Arango	Isaac Santiago Arango Gil
Condenados a muerte	Viajero de sueños	Juan José Fierro Martínez
Sobre lo Onírico y otras consideraciones	Scherezada	Karen Jaramillo Osorio

Amplitud y Diversidad	Manuela Cardona Gómez	Manuela Cardona Gómez
Historias De Viajes Por La Colombia Vieja	Ángel	Marta Elena Cifuentes Arango
Suenan las campanas	El Aventurero.	Sebastián Sepúlveda Montoya
Utopía y educación en tiempos de pandemia	Vanessa Valper.	Vanessa Valenzuela Peralta
Los dos abismos en el ser que abre el lenguaje	Mijáil Albán	Harold Eduardo Arteaga Concha



**UNIVERSIDAD  
DE ANTIOQUIA**

**Facultad de Medicina**

**Concurso**  
**Literario**  
Facultad de Medicina  
Cuento y ensayo **2020**